

en aquellos tiempos estaba el matrimonio en gran estimacion y muy despreciada la continencia. «Des-
 »cubrian ellos, dice á este propósito un sábio es-
 »critor, tanta sabiduria en sus respuestas, tanta
 »luz en su mente, tan nobles sentimientos en su
 »corazon, tanta pureza en sus costumbres, tanta
 »prudencia en su conducta, y un no sé qué de tan
 »divino en su rostro, que con sobrada razon juz-
 »garon que necesariamente debia encerrar alguna
 »cosa muy extraordinaria. Leian en el profeta Isaias
 »aquel oráculo, en el cual prometiendo Dios el
 »Mesías, dice en términos espresos que le concebiria
 »y daria á luz una Virgen: *Ecce Virgo concipiet et*
»pariet filium; y que su nombre seria Emanuel, esto
 »es, Dios con nosotros. Esta profecía no puede ser
 »falsa, pues es promesa y palabra divina; la cual
 »aun no se ha cumplido, porque nunca se ha hablado
 »de una Virgen que haya engendrado, y aun no
 »ha venido el Mesías. Mas hé aquí el tiempo indicado
 »por los profetas. ¿Por ventura será esta aquella
 »afortunada Virgen que se nos ha predicho, y que
 »debe producir la felicidad del mundo (1)?»

A tales razonamientos daba lugar la conducta de María en el templo: tales eran sus virtudes que al vérselas practicar en tan tierna edad, hacia juzgar ya á los sacerdotes si seria ella la feliz criatura destinada para dignidad tan sublime, cual es la de ser Madre de

(1) El P. Luis Francisco D'Argentan. Pensamientos acerca de las grandezas de la Santísima Virgen, cap. X.

No es esta la sola vez que en esta seccion de la Santísima Virgen verán nuestros lectores extractados trozos enteros de este célebre cantor de las glorias de María. Es tal la piedad, la elocuencia y la poesia que en su obra resplandece, que el autor no ha tenido inconveniente en retirar algunos párrafos propios, para dar cabida en algunos discursos á las hermosas ideas del P. Argentan.

Dios. Si yo me detuviese en este momento á haceros ver el modo tan singular como resplandeció en ella cada una de las virtudes desde sus primeros dias hasta su casamiento con el bendito patriarca San José, y desde su enlace hasta su Ascension á los cielos, haria interminable el discurso. Prueba de su humildad profundísima son aquellas palabras que contesta al ángel mensajero de la nueva de su maternidad. *Ecce ancilla Domini fiat mihi secundum verbum tuum*. Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra. La misma Señora dijo á Santa Brígida: el motivo porque yo recibí tanta gracia, fué porque pensé y conocí que por mí nada era y nada tenia, porque deseché las alabanzas propias y no quise que fuese alabado sino el dador y criador de todas las cosas (1). Esta humildad fué la que hizo ocultar á los hombres su dignidad; pasar á visitar á su prima Santa Isabel para servirla; la que le hizo no presentarse al público el dia que su Divino Hijo fué recibido en Jerusalem con palmas y olivas, y correr despues presurosa por medio de las turbas cuando Jesucristo era tratado como malhechor y conducido con burla y escarnio de tribunal en tribunal.

¿Qué diremos, señores, de su obediencia, cuando el padre San Agustin nos dice que María con su obediencia remedió el daño que hizo Eva con su desobediencia (2)? Siempre pendiente de la voluntad de su Señor, le obedece en todo sin disgusto, como así

(1) *¿Ut quid enim ego me tantum humiliabam, aut promerui tantam gratiam, nisi quia cogitavi et scivi nihil a me esse vel habere? Ideo nolui laudem meam sed solum datoris et creatoris.* S. Brig. Rev. lib. 2, cap. 23.

(2) *Sicut Eva inobediens et sibi et universo generi humano causa facta est mortis; sic et Maria Virgo obediens et sibi et universo generi humano facta est causa salutis.* Ad Paráb. part. 2, cap. 11.

mismo á su bendito esposo. Obediente á la voz de Dios acepta la maternidad: obediente á las leyes, hace un penosísimo viaje para empadronarse: sumisa á la voz de su esposo emprende en su compañía y en la del divino recién nacido otro penoso viaje á Egipto para libertar á su Jesus de la tiranía del cruel Herodes. Amando á su Dios con todo su corazón, con toda su alma, como mandaba Moisés, no encontraba mas gloria que el estar retirada con él en la oración ferviente, probando su amor al prógimo aquella prontitud con que exige de su Divino Hijo, convierta el agua en vino en las bodas de Caná. Su pureza fué superior á la de los mismos ángeles: tan amante fué de la virtud de la castidad, que como dice San Alfonso Ligorio, citando á otro autor, por conservarla hubiera renunciado aun á la dignidad de Madre de Dios (1). Y esto se infiere, dice el mismo Santo, de las mismas palabras que respondió al arcángel. *¡Cómo ha de ser eso! cuando yo no conozco, ni jamás conoceré varón alguno;* y las palabras que añadió despues: *Hágase en mí segun tu palabra*, es decir, que daba su consentimiento segun se lo aseguraba el ángel, que llegaría á ser Madre, no por obra de otro que del Espíritu Santo.

En suma, señores, yo quiero guiar vuestras consideraciones al Calvario; quiero que observeis allí á la Santísima Virgen; que contempleis por un momento su resignación con la voluntad divina y su obediencia entregando á su Hijo.... á su Hijo á quien hubiera ella misma crucificado sino hubiera habido verdugos, como dice San Ildefonso (2), pues sabía que

(1) S. Alf. Ligor. Glorias de María, tomo 1.º, párrafo de la castidad de María.

(2) Parata enim stetit, si deesset manus percussoris. Paráb. part. 2, capítulo 12.

era voluntad del Eterno Padre que fuese consumado el sacrificio, y no es de creer que María fuese menos obediente que Abraham. Viendo padecer al hijo de sus entrañas, ejercita de un modo la paciencia, que puede ser llamada Reina de esta virtud. Y Jesus sufre burlas en la calle de la Amargura, como las habia sufrido en los tribunales, es insultado y cae en tierra varias veces con el peso de la cruz, y María presencia los insultos y los golpes, y las caídas y la crucifixión, y asida con sus manos del árbol de la redención, ni se queja de su suerte, ni murmura de la Providencia: apura el cáliz de la amargura y aflicción: apura tambien el de su soledad amarga, sufriendo despues una continua amargura que le duró hasta el momento de su muerte. Amargura he dicho, y lo fué en efecto para su corazón el vivir apartada de su Divino Hijo despues que subió á los cielos el día de la Ascension. María miraba ya el mundo como un penoso destierro, clamando por el día en que habia de unirse con Jesus para no separarse jamás. Llegó al fin el día de su felicidad y su consuelo, y una muerte preciosa es el premio de tantas y tan heroicas virtudes: asistida por su mismo Hijo y rodeada de ángeles de paz, su alma se separa momentáneamente de su cuerpo.

Leed, cristianos, leed en ese libro hermoso de la muerte de María y no dudeis que hallareis el secreto de hacer que nuestra muerte sea suave, que ella sea para vosotros el principio de la verdadera vida, que es la eternidad de gloria. Vosotros que os quejais de la Providencia al mas mínimo contratiempo, que os llenais de orgullo por una posición que llamais feliz, y que tal vez por haberos robado la humildad será para vosotros la mayor infelicidad: libertinos que

hacéis alarde de vuestra desobediencia á las leyes divinas y humanas, que habeis hasta aquí vivido sin más Dios ni más leyes que vuestros caprichos, tened presente que habeis de morir, y que al sepulcro no os acompañarán ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres, sino solo la virtud. Practicadla, pues, como único medio para hacer que vuestra muerte sea dichosa. En María teneis el más perfecto modelo; imitad sus virtudes y no os dejéis engañar ni seducir por las razones de una filosofía que invade el mundo para perder las almas.

Ya que hemos contemplado la preciosa muerte de María, premio de sus virtudes, veamos ahora su Asunción gloriosa á los cielos: su consideración os hará remover los obstáculos que el mundo os oponga para vuestra salvación.

SEGUNDA PARTE.

Os considero ya, hermanos míos, deseosos de tener una muerte feliz que sea preciosa á los ojos de Dios; creo que habiéndoos hablado de la muerte de la Santísima Virgen, os veo animados á practicar las virtudes, rompiendo cuantos obstáculos pueda presentaros en el mundo para el feliz éxito de vuestros santos deseos. Esto es muy natural. Yo que como ministro aunque indigno de Jesucristo, debo cooperar á la salvación de las almas (1), deseo por mi parte alentaros en esos buenos deseos, y para ello quiero

(1) Omnium divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum. Dion. Areo. de eccles. hierar. cap. 3.

haceros ver más claramente los premios y la recompensa de la virtud.

Y desde luego, nuestro ser racional lo constituyen alma y cuerpo; y ambos deben contribuir al mayor culto del Hacedor Supremo: el alma en espíritu y verdad, el cuerpo con homenajes sensibles. Y contribuyendo las acciones de ambas partes á la santificación del individuo que no ha abusado de los dones de Dios el alma y el cuerpo reciben el merecido premio; pero con esta diferencia, que el alma entra en el Cielo en el momento que se separa del cuerpo, ó luego que se ha purificado en el purgatorio, si de ello tiene necesidad, y el cuerpo vuelve á la tierra de donde fué formado y donde permanecerá hasta el día del juicio, en que unido al alma, será participante de la suerte de esta.

Ahora bien; como quiera que las virtudes de la Santísima Virgen, fueran más heroicas que las que practicaron los justos de ambos Testamentos, y como su destino y dignidad, fué sin comparación superior al de toda otra criatura, debía hacerse una excepción en su muerte como se hizo en su Concepción; en esta fué libre y preservada de la mancha original; en aquella debía serlo de la corrupción. Ved aquí por qué dispuso el Señor, que el bendito cuerpo que había sido templo de la Magestad Divina, que aquella carne que no había conocido la culpa, no esperase al último día del postrer siglo, sino que pocos momentos después de haberse separado del alma, se le volviese á unir para entrar triunfante en la Jerusalén de lo alto, y esta Asunción gloriosa de María á los cielos, es la que la Iglesia nuestra Madre celebra con tanta solemnidad cuanto regocijo en este día.

¡Oh Señor, que eres justo y tus juicios son rectos (1)! Tú, dador de todo bien, que disipas mi ignorancia, alumbras mis tinieblas (2) y comunícame tus luces para pintar el cuadro hermoso de la Asunción de la Santísima Virgen á los cielos. ¡Ojalá que á la elocuencia necesaria uniese una pureza de labios, que me hiciesen en este día un digno ministro de la Divina palabra!

Porque á la verdad, cristianos, ¿quién será capaz de pintar el regocijo de la Beatísima Trinidad, la alegría de los ángeles y el gozo de los bienaventurados, en el momento en que se abren las eternas puertas de la gloria, para que entre en ella la que va á ser coronada por reina de ángeles y de hombres? ¿Cómo expresar las bendiciones que en aquellos momentos lloverían sobre la feliz Madre del Redentor? ¡Ah! Que entusiasmados los mismos ángeles esclamarían: ¿quién es esta criatura cuya entrada en el Cielo alegra tanto á las tres divinas Personas? ¿Quién es esta mujer bella como el alba, cuya hermosura excede á la del sol, linda como la luna, terrible cual un ejército ordenado en batalla? *¿Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata* (3)? ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado (4)? Esta que sube del desierto del mundo á tomar posesión de un trono cercano al de Dios, es ¡oh spiritus angélicos! aquella criatura singular escogida

(1) Justus es Domine: et rectum judicium tuum. Ps. CXVIII, v. 137.

(2) Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine Deus meus, illumina tenebras meas. Ps. XVII, v. 29.

(3) Cant. cap. VI, v. 9.

(4) Quæ est ista quæ ascendit de deserta deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Ibid. cap. VIII, v. 5.

entre millares para dar la naturaleza humana al Verbo Eterno, es la que por un privilegio no concedido á ninguna otra criatura, fué concebida libre de la mancha original: es la elegida para Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Hijo y Esposa del Espíritu Santo; es en suma la que es templo y sagrario de la augustísima Trinidad. Postraos pues, ángeles de Dios, y vosotras almas justas que ya reináis en el Empíreo, postraos para recibir á María, y entonar himnos de alabanza y bendición á la que recibe en estos momentos el galardón de sus heroicas virtudes.

¿Mas quién podrá explicar lo que pasaría en el alma de María, al presentarse ante el trono de la Divinidad? ¿Quién podrá contemplar el gozo de la Señora, al ver á su Hijo, á aquel mismo Hijo que había visto pendiente de la cruz, con sus carnes cubiertas con su propia sangre, ahora revestido de magestad y de gloria, como Rey universal de los cielos y de la tierra? Sí, María no puede menos de recordar en aquellos momentos los insultos, las blasfemias, los azotes, los tormentos y la muerte ignominiosa de Jesús, y al verle sentado á la diestra de su Eterno Padre, adorado de todas las jerarquías angélicas, su alma se llena de un santo placer y quedan cumplidos sus deseos de gozar su dulcísima presencia después de tantos años de fervorosos deseos como había pasado en este valle de lágrimas.

Así es en efecto: el Eterno Padre ensalzó á Jesucristo, porque se humilló y le ha dado un nombre superior á todo nombre: todo se postra ante su presencia: todo reconoce su autoridad: todo le presta la adoración que le es debida: sus alabanzas resuenan bajo las bóvedas celestiales, y como Soberano da

leyes al mundo. Y María lo ve, y María escucha las alabanzas de su Hijo y ve su gloria, y contempla su dignidad y con tal vista queda suficientemente recompensada de los dolores y aflicciones que hubo de padecer en su vida. ¡Ah, señores! Yo dirijo mi vista hácia el Empíreo, veo la gloria de que está revestido Jesucristo, y á su lado contemplo ya á María, esa criatura feliz y bienaventurada que en precioso trono y rodeada de ángeles, disfruta en cuerpo y alma el gran premio merecido á sus extraordinarias virtudes.

¿Y mirareis, cristianos, con indiferencia el triunfo de María, en su Asuncion gloriosa? ¿No dice nada á vuestro corazon? ¡Ah! ¿Hasta cuándo habeis de vivir sin practicar la caridad? ¿Hasta cuándo habeis de pasar vuestros dias en obras de perdicion? Es verdad que todos deseareis disfrutar de esa gloria á que María es exaltada en este dia; pero yo os pregunto para vuestro abatimiento, ¿hay alguna semejanza entre vuestras obras y las de la Santísima Virgen? ¿practicais sus virtudes? ¿hais como ella del pecado?... Bien sabeis hermanos míos, que cada paso que dais os acerca al sepulcro, que la muerte se adelanta, que no podreis libraros de su accion funesta, ora esteis revestidos de las mal altas dignidades, ora poseais los mas crecidos caudales. ¡Habeis de morir!... Esta es una verdad, en confirmacion de la cual no tengo que presentar mas pruebas que la esperiencia de cada dia. Pensar que puede disfrutarse gloria acá y allí, es decir, en la tierra y en el cielo, es una quimera: pensad en la muerte: no os valgais para vuestra aparente tranquilidad del miserable recurso de olvidar vuestro último fin: el camino de la humildad, el camino de la

tribulacion y de la Cruz, fué el que guió á María á la gloria á que hoy se vé sublimada. Ya os dije en la primera parte que estudiarais é imitarais sus virtudes, si la quereis imitar en su feliz muerte. Ahora os admira su gloria, os arrebatan sus triunfos, os admiran sus premios; pues tratar de remover cuantos obstáculos pueda presentaros el mundo para practicar las buenas obras; no acerqueis á vuestros lábios la dorada copa del placer; amad la penitencia; abrazaos como María al leño santo de la Cruz, seguid por el camino de las tribulaciones, y vuestra constancia en el bien obrar, os conducirá ciertamente por el sendero que guia á la mansion de los escogidos, á aquella mansion de felicidad, donde todo es gozo y consuelo, á aquella mansion donde en compañía de la Santísima Virgen, bendeciremos y glorificaremos á nuestro Dios.

Pero ¡ay! que ya os oigo esclamar! el mundo es un enemigo terrible, nuestras mismas pasiones nos cercan y todo cuanto nos rodea conspira á arrebatarnos tanta felicidad. Es verdad, hermanos, que como nos dice San Pablo, tropezamos á cada momento con peligros; peligros que nos asaltan asi en el mar como en la tierra, tanto en el silencio de la soledad como en medio de la sociedad (1). Pero recordad que tenemos en el cielo una intercesora, que es un acueducto por donde se comunican á los hombres los mas abundantes raudales de la misericordia divina: tenemos en el Empíreo una madre, que como dice San Bernardo, desea la salvacion de todos, y para la salud de todos ha cooperado (2). Contemplemos su coronacion por

(1) II ad Corinth. cap. XI.

(2) Constat pro universo genero humano fuisse sollicitam. D. Bern. Hom. 2 super Missus.